

social que nos rige y que sigilosamente se enseñorea y aniquila a la parte más excelsa de la sociedad, a la productora de todo cuanto existe de bueno en el mundo.

Luego, nos vienen algunos *glotopanzones psico-fisiólogos* a querer imbuirnos, tomándonos por intonsos, en darnos por absolutamente verdadero su criterio, en discursos inconexos y artículos siempre sofísticos, que las nuevas enfermedades endémicas que tanto diezman hoy a los proletarios en la mayoría de las grandes urbes, de nuestra civilizadora cuanto caduca Europa, son: o falta de profilaxis o sobra de incuria en las *casas* de los barrios *de pobres*; ¡cómo si nuestros reducidos salarios fueran llamados a atender a la higiene pública! ¡Qué candidez! ¡Qué sarcasmo! Y ¿para qué los municipios, maño?; mas no dicen, no, esos sabihondos, que la concausa sea, más bien, por la suciedad y abandono en que se tienen eternamente las calles de los pobres obreros, ni de los pútridos hedores que surgen de las infectas cloacas, ni de los sumideros y fangosos baches que colman toda la arrabalera urbe y suburbios en donde vegetamos, ni de la calidad de las aguas *pseudo-potables* de nuestras kilométricas fuentes; no, eso no se les ocurre ni pensarlo por temor, seguro, a un retanque en sus burocráticos destinos y en sus sendos y profundos estómagos.

* * *

El segundo factor, bien distinto por cierto y no menos importante e irrefutable que el primero, radica en la selecta instrucción fisiocrática implantada hoy y la que va adquiriendo con veloz y segura zancada de cada día más y mejor, el, podemos decirlo muy alto, el cultísimo obrero europeo y americano.

Hemos comprendido ya una vez y para siempre que el desarrollo del intelecto humano es asequible a todo cerebro sano, por medio de un estudio selecto, asiduo y rítmico, basado en las ciencias libres de toda preocupa-

ción sectaria y errónea. No es ya aquél, patrimonio sólo de una *casta archi-désta* (como ocurría en la India bramánica y budista), no, pues sabido nos tenemos que la materia se espiritualiza por medio de la instrucción cualitativa y cuantitativamente y por selección natural en todos los seres sanos y en todas las razas, más o menos, que pueblan el orbe; y eso nos lo enseña la racional pedagogía moderna desde nuestra niñez y, una vez adultos, nos solidamos en la enciclopedia, en ese gran libro de toda la naturaleza abierta al saber mundial, en la que los hombres de doctrinas puras desarrollan sus nuevos conocimientos en las ciencias vírgenes aun, madres de todo, esto es: en antropología, zoología, geología, astronomía, psicología, fisiología, filología, arte y literatura, *historia* (!), etc., etc., en fin, en todas las manifestaciones del nuevo saber humano, rompiendo a la razón los moldes malos de antaño; pero nosotros añadimos valientemente, como predilecta nuestra, la *Sociología*, tan descuidada y aborrecida por los estadistas de todas las naciones cuando son poder, que es la única ciencia verdad que tiende más a esparcir *lo verdadero*, *lo bello* y *lo bueno*, en la humanidad entera, una vez que las burguesías sinárquicas la desprecian y la combaten, mientras que sarcásticamente usan y abusan de ella en todo cuanto se lo permitimos.

* * *

De la concordancia de ambos factores nace, evidentemente y por inducción precisa en nuestros cerebros un tal y tan sólido incremento de ideas justas, lógicas, sanas y bien razonadas que van cundiendo evolutivamente entre los pueblos obreros de ambos hemisferios, y que nos llevarán, es indubitable, desde la sima en que yacemos todavía hacia la deseada cima de la equidad social, es decir, a nuestra aspiración sublime de emancipación, a que todos deberíamos cooperar, compactos, sin descansos, sin dualismos, sin intromisiones de *politicastro*s perniciosos, sin egoísmos eff-